

fué recibido con general aplauso y espontáneas muestras de adhesión. (VEASE: *Apendice III.*) Encumbradas personalidades de los pueblos del Norte, entre los que se enumeraban los Sres. Luis G. Vázquez, Eduvigis García, Vidal Garza Pérez, Pedro González Celahay y Francisco Naranjo, Hijo, de Lampazos; los Sres. Dr. Jesús M. Argueta y Lic. Crescencio Alvarado, de Villaldama; Sr. Guadalupe Sánchez Robles, de Bustamante; D. José D. Cárdenas, de Salinas Victoria; Sres. Juan de Dios Garza Benítez, Adolfo y Juan Paz, Wenceslao Segovia, Lic. Francisco Buentello y Dr. Macedonio García Pérez, de Linares; Lic. D. Ramón Hinojosa, de Montemorelos; Dr. Rafael Cantú, de Terán; Sres. Andrés Anaya y Estanislao Martínez, de Galeana; D. Ignacio Azcárate, de Doctor Arroyo, y otra multitud de personas de prestigio y alta posición social en las poblaciones de su residencia, cuyos nombres no tenemos presente en los momentos que esto escribimos, no vacilaron en ofrecer incondicionalmente su valiosa ayuda á la Dirección de la Oposición en Monterrey, para levantar el ánimo público y luchar dignamente en la ya próxima campaña electoral.

Llegamos á un punto de los trabajos electorales, llevados á cabo luchando contra casi invencibles obstáculos, que á la vez que proporciona una lección saludable por la energía y constancia desplegadas por los Jefes del movimiento opositorista, da una triste prueba de los estragos morales causados por la *Política Centralista de Terror*, en el espíritu de los que en otro tiempo fueron alma de nuestras campañas políticas. Los luchadores de "la Vieja Guardia," simpatizando y todo con la oposición, negábanse á co-operar en sus trabajos de una manera directa, y *antirreyistas* hubo de bien conocidos antecedentes, que á pesar de su inquina contra el Adelantado Terrorista, temieron comprometer sus intereses prestando á quienes se proponían la regeneración del Estado, desafiando terribles peligros, la más insignificante ayuda. Otros, que al insinuarse el movimiento se mostraron entusiastas y decididos á sacrificarlo todo por el bien general, muy pronto comprendieron que su energía física era con mucho inferior á la fuerza de sus expansiones patrióticas ora-

torias, á distancia del peligro; y cuando éste se aproximó, ó bien huyeron despavoridos del núcleo en que se organizaba la lucha, ó bien cobardemente buscaron protección,—perdón á sus pretendidos "delitos mentales,"—á la sombra de la entronizada tiranía. Reyes acogía en aquel entonces cariñosamente, á los prófugos y dispersos. Hacía material de campaña de lo que podía; sin exceptuar elementos recogidos en los albañales de la prostitución, ó en las sentinas del crimen.

La oposición, entretanto, tropezaba con un obtáculo en apariencia insuperable.

Los periódicos "Redención" y "Constitución," el primero de ellos redactado por el correcto y valiente escritor, Lic. Benito González, habían emprendido una lucha resuelta contra la corrompida Administración Reyes; los Estudiantes, los Obreros libres, los Comerciantes é Industriales habían secundado con entusiasmo el movimiento opositorista, en el Club Central de Monterrey se trabajaba con toda energía, diariamente llegaban de los pueblos y ciudades del Estado actas de adhesión espontánea; de los Estados vecinos de Coahuila y Tamaulipas, se recibían ofertas de fondos para sostener la campaña; era fácil ver que en las tres entidades federativas mencionadas, el entusiasmo y la esperanza crecían á diario, pues que, en presencia de la unanimidad y fuerza creciente del movimiento político, el triunfo se antojaba como cosa cierta. Nadie, aún los que mejor conocían al Gral. Reyes, hubiera osado presentir la suerte que estaba reservada á los autores y sustentadores de la cruzada, pues que si bien eran de preverse venganzas personales, como la que motivó el encarcelamiento del Lic. Benito González bajo fútiles pretextos, nunca pudo sospecharse el horrible crimen en toda su magnitud, que arrojó una mancha negra sobre la página histórica de "El 2 de Abril," ni mucho menos los martirios y encarnizadas persecuciones que subsiguieron.

Como antes digimos, el Sr. González era Redactor en Jefe y Director del periódico "Redención," que con denuevo hacía la oposición á Reyes, por lo que fué víctima de

un atentado escandaloso, que no pasaremos por alto. Meses antes, había sido asaltado por cinco ó seis *reyistas*, á la sazón que entraba á un establecimiento público. A pesar de que los asaltantes iban perfectamente armados con dagas y revolvers, la fuerza física, la frialdad y el valor del Sr. González, decidieron el combate personal en favor suyo. Con un *cortaplumas* de bolsillo, logró mantener á raya tres asaltantes que le enfrentaban; pero de súbito fué atacado por la espalda y cayó en tierra. Alguien se echó sobre él, daga en mano, y entonces el Sr. González, á la vez que esquivaba el golpe, logró inferirle una herida insignificante á su adversario; pero suficiente para hacerle emprender la fuga, subseguido de quienes le acompañaban. Y este *enorme crimen*, que más propiamente debe llamarse acto heroico de defensa personal, fué causa, ó pretexto, de que el valiente y entendido escritor opositor hubiese sido reducido á prisión; aunque no con ello se logró evitar del todo su colaboración en el periódico supradicho, pues que la Administración Reyes estaba demasiado corrompida, para esperar un servicio estricto de sus empleados. El Sr. González supo encontrar conductos para hacer llegar sus escritos desde la prisión, á la Redacción del periódico.

Narrado este incidente, que causó indignación justa en el círculo político opositor, pues que traidoramente se le desposeía de uno de sus miembros más útiles, veamos la dificultad apuntada y que á punto estuvo de hacer fracasar todos los trabajos llevados á cabo hasta entonces.

Los enemigos de la tiranía militar, tenían, como se ha visto, su programa de Gobierno, contaban con dos periódicos hábilmente dirigidos y que llenaban perfectamente su programa de hojas de combate, y además, secundaban sus esfuerzos, el pueblo de Nuevo León en masa, é indirectamente el de los Estados de Coahuila y Tamaulipas. Todo parecía concurrir á hacer factible el triunfo; más . . . la Oposición *carecía de candidato!*

Preciso es para los agenos á la política del *reyismo* en Nuevo León, haber leído con detenimiento todo lo que antecede, para comprender cómo en un Estado donde se odia

la tiranía y que durante todo el curso de nuestra historia política ha producido tantos ciudadanos esforzados, inaccesibles á las formidaciones del peligro, en aquellos momentos solemnes en que el Estado, la Frontera toda expectante, ansiaba ver lanzada la candidatura de alguno de nuestros bien conocidos prohombres para regir los futuros destinos del Estado, desaparecieron éstos entre bastidores, sin osar presentarse al frente de su partido como luchadores decididos. Narra Adolfo de Castro y Serrano, con pluma vigorosa, en su obra "EL REY AMADEO Y SU SIGLO," las peregrinaciones de España "*en busca de Rey*" á la caída de la República. Las "peregrinaciones en busca de Gobernador," efectuadas por los leales y esforzados opositores del Club Central, no fueron menos afanosas y humillantes.

Debe tenerse presente, que no se trataba de una campaña política ordinaria, tal como se entiende en los países civilizados, sino de arrojar á una empresa en la que peligrarían inminentemente vidas é intereses. Y si esto es verdad tratándose del común de los luchadores, tenía aplicación mucho más inmediata para el que se atreviera á colocarse á la cabeza de éstos como candidato. De esta suerte se explica con facilidad, que si bien los opositores, protección y simpatías hallaban entre algunos, al menos, de los prohombres referidos, éstos se negaron categóricamente á que sus nombres figuraran en la candidatura opositora. La ecuación entre un peligro inminente y un éxito dudoso no podía resolverse de tal manera que les decidiera á tomar parte activa en la lucha.

Y mientras tales decepciones experimentaban los directores de la política opositora, en el pueblo, y, más ó menos embozadamente, hasta en los periódicos referidos, *Redencion y Constitucion*, un nombre comenzaba á pronunciarse con insistencia. Los periódicos *reyistas* distinguían ya á quien le llevaba, prodigándole injurias, sobresaliendo entre ellos "EL AZOTE," famoso por lo sangriento de sus ataques.

No se trataba de una personalidad desconocida, ni de un héroe de ocasión, sino de un político eminente, prestigiado entre los paladines del *garzayalismo*, y uno de los más leales

amigos del Gral. Reyes, cuando este señor todavía no pagaba con ingratitud, á quienes le ayudaron eficazmente á derribar el antiguo orden de cosas en Nuevo León. El que ya se iniciaba como candidato popular, era un jurisconsulto de nota, honra del foro nuevoleonés, de principios inamovibles, recto en el pensar, decidido en la acción, trabajador incansable, valiente hasta la temeridad y generoso hasta el sacrificio. Para que el Sr. Lic. Francisco E. Reyes consintiera en prestar su nombre como candidato al Gobierno del Estado, en oposición con el Gral. Reyes, era inevitable que en él se formasen dos resoluciones, es á saber: renunciar á todos los emolumentos de su bien patrocinado bufete, y poner su vida en peligro. Sin duda alguna era mucho pedir de un hombre, que, tras de una vida de afanes múltiples y trabajos meritorios, apenas si había logrado barrer de obstáculos su camino hacia la prosperidad material. Con todo, precisaba el sacrificio, era indispensable *alguien* capaz de posponerlo todo al público bien y salud del pueblo, y ese *alguien*, esa presunta víctima propiciatoria, debería ser seleccionada entre los ciudadanos más prominentes del Estado. El holocausto debería hallarse en concordancia con la grandeza del motivo.

Y mientras esto pasaba en Monterrey, y el nombre del Lic. Reyes era aclamado por los opositores como candidato al Gobierno del Estado, el renombrado profesionista se ocupaba en la Capital de la República en importantes negocios judiciales. Mas, tan luego cómo apoderadamente se le propuso la jefatura del partido, no vaciló: su resolución fué rápida pero inquebrantable. Desde aquel momento arrostraría todas las consecuencias de su sincero amor á las instituciones civiles y á la tierra de su nacimiento.

Poco después, los periódicos opositores lanzaron con júbilo y justo orgullo á la mordacidad de sus terribles adversarios el nombre del Sr. Lic. Reyes, como candidato á la Suprema Magistratura, á la vez que para Presidente de la República, con candor inconcebible, se proclamaba al Dictador de Méjico, General Porfirio Díaz.

Resuelto este punto importante, el día 15 de Marzo se

instaló solemnemente en la casa del Lic. Nicolás M. Berazaluze, un Club que llevó por nombre "Gran Convención Electoral Nueveleonesa," y cuya dirección fué confiada á los prominentes ciudadanos que á continuación se expresan: Lics. Eulalio Sanmiguel, Secundino Roel, Vicente Garza Cantú, Vicente B. Treviño, Julio Galindo, Apolonio S. Santos, Felix N. Rodríguez, José J. de Llano, Nicolás M. Berazaluze, Andrés Viteri, Francisco de P. Morales, José M. Villaseñor, Jesús Garza Flores, y Policarpo Morales. Dres. Eusebio Rodríguez, Eulogio Maldonado, Gregorio D. Martínez y José L. Guajardo; y Sres. Miguel Morelos y Zaragoza, Miguel C. Ayala, Donato R. Lugo, Vidal Garza Pérez y algunos otros de no inferior valía y bien adquiridos méritos en diversos círculos de actividad social.

Al día siguiente amanecieron cubiertas las esquinas de la ciudad con grandes cartelones, anunciando al pueblo la proclamación de los candidatos, como queda dicho, para Presidente de la República y para Gobernador del Estado.

